CEMENTERIO DE DISIDENTES



POESÍA

PATRICIO BRUNA P.

Nota del Autor: una estética de la insurrección

Quien aquí escribe tenía trece años para el golpe de estado de 1973. La historia chilena, desde ese entonces hasta hoy, se ha construido con un gran cementerio de disidentes. En Valparaíso existe un *Cementerio de disidentes,* fundado en 1825. Y surge de la intolerancia de la iglesia católica, por no acoger más muertos que a los de su misma fe o a los convertidos a ella. Luego, en el año 1883 se terminó la discriminación religiosa en los cementerios fiscales y municipales con las leyes laicas. Al corregirse esta alevosa exclusión, dicho Cementerio de disidentes no ha crecido mayormente, y hasta hoy se halla de manera funcional en el centro de la ciudad, en el cerro Panteón. Esto es lo que motiva esta reflexión que da título a este poemario, porque también existe en un espejeo el cementerio "virtual" de disidentes, el de los detenidos desaparecidos, que sí fueron asesinados, o el real de los que se han hallado o de los que no desaparecieron. Pero también existe ese otro cementerio "virtual" de disidentes, aquel donde yacen los restos de toda aquella generación que fue mutilada culturalmente, privada de lo que pudo crecer en sus intelectos, condenada a lo que pudo ser y nunca fue, en el devenir de aquel cuerpo social asesinado por la pérdida de la democracia y posteriormente por el simulacro de democracia y que heredamos hasta hoy de la dictadura, y que lamentablemente se expresa objetivamente en la descomunal desigualdad de nuestra sociedad actual.

Historia que parte simbólicamente en dicha fecha (septiembre de 1973) para mí, pues, por la brutalidad genocida de sus consecuencias que demasiadas personas comenzaban a vivir desde aquel mismo instante, adelantaba abruptamente mi llegada a la adultez y me ponía como obligado testigo presencial. Y muy luego también como receptor directo de sus inconmensurables nefastas consecuencias sociales, como así las sufrirían la mayoría de los hijos de este pueblo, conforme fueron pasando aquellos aciagos días, meses, años, décadas después, al tenor de la propia memoria que así se construía, hasta llegar a hoy.

Estos textos surgen, entonces, del sustrato de mi historia personal ligada a la historia política y social de aquel Chile que moría asesinado, y de aquel otro que nacía en su asesinándolo. Sean estos textos, por tanto sociológicamente implicantes, una crítica al excesivo individualismo que corroe las bases de nuestra más sana sociabilidad como país. Este Chile, desde 1973 a 1989 bajo dictadura militar, y con una carta fundamental con profundos rasgos antidemocráticos heredada hasta la fecha. Una crítica que alude directamente a las desastrosas consecuencias de la profunda desigualdad social del modelo neoliberal in extremis imperante en nuestro país. Pero, tratándose esto de

poesía, parte con la crítica y desestructuración de nuestro mismo lenguaje poético más retardatario, aquel que nunca ha dejado de estar en boga en la mayoría de las voces más facilistas y populistas de nuestra actual poesía, aquel del lirismo más propio del siglo XIX que de nuestra contemporaneidad. En un país retardatario como el nuestro me permito, entonces, la experimentación formal en la escritura del poema. Pues, al artista con conciencia crítica, no le cabe más labor que la insurrección contra la estética dominante más retardataria de este mal país. Así, por tanto, junto con poner en tensión la sintaxis más lógica y convencional de la escritura poética, hasta un grado mayor de complejidad en sus componentes relacionales de significación. Y que estos textos temáticamente quieren dar cuenta de la problemática entre la individualidad y la pluralidad del ser, justamente allí, en lo social, en medio de sus injusticias y carencias. Por esto la constante del "nosotros", que lucha incesantemente por imponerse al "yo" de la primera persona —que tampoco aquí, por necesario contra punto, no quiere ni puede dejar de ser—, cuando este tiende a agotarse en la expresión de aquel lirismo más conservador, mermando significativamente la capacidad expresiva del poema.

Pero, sirva este tema, que digo central como paradigma de lo criticable o sujeto de reflexión de lo posible por revelar, para todos los otros temas que subyacen más o menos explícitamente en estos 3 textos: el mismo golpe de estado del ´73 y lo relacionado con este, la pintura, la escritura, el cine, la televisión y sus contenidos, el amor de pareja, la religión, el ateísmo, etc. y que de cierta forma configuran el sustrato de una memoria quebrándose y tratándose de recomponer en un perpetuo continuo, desde 1973 a la fecha.

Luego, la prosa en estos textos, en su ordinario tono conversacional, conviene en adentrarse en el verso y allí fracturarlo en su convencionalismo más retardatario; pero fracturándose ella también en su propia convención narrativa, al devenir en ser el simulacro de sí misma, es decir, una historia que solo se insinúa, que nunca se completa formalmente como tal; y que de resolverse, finalmente lo hace en la forma estética de un decir poético: un texto que se opaca en la extrañeza misma de sus múltiples sentidos de significación insinuándose en él; esto es, rompiendo con la linealidad unívoca más convencional de su propia estructura que logra insinuar, para tratar de constituirse así, en la insurrección de la propia estructura poética.

Patricio Bruna Poblete

Grupo Casa Azul

Casi como un halo

Vine a dar aquí, solo vine a dar aquí
por casualidad. Un efecto grandilocuente
no deseado, cuando te paraste y te fuiste
sin decir agua va; aunque habían sido los celos
justificados o no, el preámbulo lógico
para tu estampida de cierre de opereta tragicómica y todo.

Vislumbramos mi nocturna sombra y yo
más allá del pie de la algazara que se nos venía encima
—calle abajo Cerro Concepción, ciudad de Valparaíso, enero, pleno carnaval—
de esa colorida comparsa de cuerpos húmedos
y generosos de piel en frenética danza,
algo más que nuestro solo deseo de entrepiernas
bajo esa luna difusa pero de intensiones claramente ninfomaníacas:

eres definitivamente un caso perdido me susurró
la argéntea con su vaho levemente neblinoso
cuando me hubo dado alcance
ya en medio de su plena noche y de sus *mil tambores*,
luego dudé de estar allí realmente bajo el influjo de sus caricias
en su sueño casi como un halo, la presencia perdida de mi paso
en su loca cabecita… Apenas la incorrecta digresión
entre su plateado acicalarse y su gemir
cuarto menguante adentro
de su refulgente orgasmo.

Y no te lo creas, lo del gato al dominio de sus tejados.
Esto que parece comedia no es el relato
de una puesta en escena completa en sí misma
—o un musical o algo de ficción textual que así se le parezca,
o la parcial interpretación de la linealidad más prosaica de este mismo poema—
o ya estarás empezando de veras a no ser más viejo
para caer de nuevo en esta trampa, como cuando de verdad eras
joven e inocente. Y el balde de agua fría
y la carrerita de sus tacones agujereando sordamente la noche.

Tal como la dejamos

Quedaron un no sé qué de cosas, todas desparramadas
por la velocidad incauta del pensamiento, y entonces, solo sé esto:
que nos prometimos volver para el siguiente verano… El cual se presentó
como un colorido golpe a la vista, sinuoso de poleras, pantaloncillos cortos
y trajes de baño al sol, signando nuestro adolescente olvido
en la desfachatez vibrante de su arcoíris
para toda esa temporada playera
al amparo de lo más turístico de nuestro bello litoral central.

Pues sí, así de superficiales, más preocupados del bronceado de los cuerpos,
mitificando toda belleza exterior en el paisaje del azul casi celeste del mar
como la excusa más feliz por no acordarse de nada,
incluso nada tan importante del anterior estío
como para no centrarnos exclusivamente en el de ahora.

Nos movemos, claro que sí, en este el enésimo verano dentro de esta dictadura;
y aquella etapa juvenil está fija, inmóvil, tal como la dejamos allí… ¿olvidada ahora?
—sin poder ¿o querer? cambiar nada de esta oprobiosa realidad—
por nosotros; hay por tanto una especie de duro juicio íntimo a lo vivido
—interdictos, como estábamos, dentro de esos diecisiete años—
y la condena auto-impuesta de un culpable rencor,
este dudoso auto-resentimiento que no acaba nunca
de instalarse, derechamente como un odio a esa bisoña inmadurez
porque no se reconoce cuánta de ella persiste
en nosotros —ya viejos cincuentones— hoy,
porque va y viene como intermitente pero eterna resaca
hacia y desde nosotros mismos.

Los puntos que creímos ganar
no los fallamos, pero tampoco los sumamos; y luego aquí no hay nada,
nada que se parezca a espejeos benefactores o benignos. Y
la trama es terca en su ocultamiento de ese algo que se yerga
como siquiera una pequeña pero no desmembrada verdad,
y vivimos dependientes, precarios,
necesitados de un sino que al menos nos roce con la promesa de sacarnos

—tras su temido cumplimiento—
lo mejor de nosotros mismos
que en ese momento, solo en ese momento y no en otro,
podremos en nosotros engendrar,
algo así como la llave de luz que recomponga en uno
los divergentes reflejos de los fragmentos
de nuestra quebrantada generación
para acceder al preciso lugar
donde poder encontrar y recuperar
las pérdidas más significativas de cada cual.

Ahora es la ceiba

Hubo una seguidilla de golpes secos
en la puerta; la ceiba
entrometiendo sus largos y tupidos brazos
casa adentro
crecía a la velocidad plena del goce
que en ese momento nos fundía
carne con carne en el ateo ardor…
y sus lustrosas hojas verde claro por mil,
¡inundándonos la hojarasca!

Sumergidos entonces en ese follaje,
"busquen lo pintado por la cara exterior
—con esa expresión casi grave casi risueña
con que acostumbra a presentarse en nuestros sueños—
antes de contemplar la interior", así nos lo dijo
supuestamente nada de compleja, cómo decirte,
supuestamente nada de complicada, así,
nada de desenmarañada, la ceiba, entonces enredándonos
en su propio mar de ramas y lustrosas hojas verdes; y para concluir:

"no quieran sacrificarse conmigo uno a uno antes de llegar a mi copa
clavados a las espinas de mi tronco tan patéticos como otro Cristo más
—sea la primera—,
no crean salvarse conmigo perdidos ya dentro de mi copa
en la promesa de mis trece cielos como otro obtuso místico más
—sea la segunda—,
imagen fundida fuera y dentro
esta cara". Y quien abría, cerraba.

Los golpes habían cesado cuando llegó
y cuando abrimos la puerta no supimos
si entraba o salía. Hubo, entonces, este goce de muerte
tan, tan pequeña que nunca alcanzó
para dejarse ser por completo
¿el deleite pleno que nos terminara de matar, totalmente?

Lo que por ahora, solo por ahora —lo de esta supuesta totalidad—,
en el signo mítico de este árbol se asume
solo como una agónica promesa de trascendencia espiritual más.

Como un ardid

Distante compré este adorno; de primera
no se ve en sus detalles… Fue puro instinto, pero mira:
está hecho de semillas y
grita, simulando peces y aves en entrevero
pegados fuera de sus elementos respectivos. No es muy bello
pero sí que es raro, tómalo, por favor,
no siempre debemos guiamos solo por el olfato, es decir, así

tan primariamente atenidos al dejo de un contenido instinto
en cada elaborado pensamiento;
estar, inmovilizados así... Contemplando esta acuosa inmensidad azul
contra el transparente celeste de este luminoso día.

¡Ah, las eternas defensas
—eso, si le causa mucha gracia esta actitud!,
mira que después no para
de reír; ¡eso, eso era!, algo mucho más que un artificio
artesanal; lo supimos tarde, cuando la serie había terminado y con ella
los espacios ficticios que proveía—,
al ablandarse estas ya son muy pequeñas pero no desaparecen,
eventualmente resurgen en primavera, entremezcladas con el molesto polen,

y en las veredas, ya en sus puntuales casos —estas eternas defensas—, todavía son
transitables, como un urbano ardid
siempre pertinente.

Pero, en esta pequeña caleta, no. Aquí se hacen francamente impertinentes.
Y no escribo así
de ninguna cosa prefijada en especial,
pero lo hago en hojas que cuelgan
de las ramas... sí, y el árbol —este árbol costero—soy yo,
por supuesto, ¡tooodo un lugar común!
Mira, ¡lo que son las cosas! Sólo después pensé que te podría ofender,
¡ya pues, olvida lo cliché de este vegetal símil!, el día se nubla

y no importan las aparentes razones del tiempo meteorológico
si las gaviotas caen fundidas como niebla, en fin... Solamente
cavilé que podría comunicarte esta divagancia, como si no fueras ya
mi enemiga. Uno nunca sabe,

nuestro beso también cae fundido como niebla. Entre el borde costero
y el mar Pacífico. Valparaíso nos vive clavado con su cielo de espaldas,
como una isla. No, no te lo dije, sus sirenas no lo saben,

pero traerán todo lo necesario. Para el juego también
suficientes papelillos para hartos gramos
de intuición. Esto siempre ayuda. Y
aquí es que estamos de nuevo, Caleta Orcón
en su suave fragancia de yodo un puro fulgurante estío de mar y arenas
solo por un par de días. Y bien… Haremos como si nada,
podremos volarnos y en medio reírnos de todo
comentando las menudencias sensoriales de este vuelo
como si éstas fuesen demasiado importantes
como para tomarlas siempre en serio.
Claro —ya sin arriscar tanto la nariz—, habrá suficiente para comer y beber.

Ciegos ecuestres (o, ¡Hi-yo, Silver, away!)

Luego se fue; usted conjetura que no
si no se le vieron las espaldas empequeñecer
se supone que alejándose.
Pero este escape a galope tendido
ocurría en la cabeza, la que perdía de su lugar
bajo el signo travieso y burlón, sí, infantil, de una trompeta
mágica sonando a todo dar:

primero al cuento se nos dijo, es preciso reforzarlo con este comic…
y usted dale con que sí; si no todos en nuestra perdida generación están
dispuestos a caer presos
de esa admiración y
desandar los vericuetos ecuestres de la olímpica falla del gobierno militar,
para entregarse ciegos al infantil desatino, encandilamiento
del arrobador sonido de toda esa orquesta tronando monumental
tras la magia de esa primera trompeta
en la obertura de Guillermo Tell.

Cuando se hubo ido de verdad ese personaje, usted, ciertamente, era el otro
ajeno en sí
—de este Valpo de plano, cerros y quebradas remendado
después de cada incendio, temporal o terremoto—,
pero en sí; todo de una remota forma, ahora adulta, por re-montar
y ya no poder domar. Y *El llanero solitario*
en ese televisor blanco y negro 24 pulgadas
con carcasa de madera, galopando, hacia la luna llena
llena
en los ojos
de ese niño perdido para siempre en ella. Al concluir
ya no en otra historia más, sino en la última
y ya no más gritando: ¡ Hi-yo, Silver, away!

Cuánticos

Esto se parece a una siniestra sonrisa… es decir
la divertida forma de un pequeño placer
que sin embargo en algo nos duele… ¿Más o menos?
Una abstracción siniestra. ¿No?
¿No te referirás a la idea de… a la persistencia eterna —en espacio y tiempo—
de una conciencia todopoderosa?

Salimos al morir la tarde de nuestros respectivos lugares de trabajo,
nos juntamos en Valparaíso; nuestro aporreado y cansado amor
amerita renovar los indolentes gestos —los que simplemente se vuelven costumbre—
por aquellos gestos amables que osan constante preocupación
porque se teme a aquella siempre insegura
como si recién iniciándose en su conquista;

ella trabaja acá en Valparaíso (ciudad donde ambos vivimos) y yo en Viña del Mar;
bien se sabe, clase trabajadora: el dinero solo alcanza para sobrevivir;
hoy nos toca reconciliarnos
llevándola a cenar comida china; una vez más nada extraordinario,
solo el menú de oferta —aunque no el más barato esta vez—
para dos.

Esta divertida forma
que nunca lo es tanto, porque al fin siempre reclama
fatalmente romántica
solo un abrazo, luego
solo un beso, luego
solo poseernos, hasta
solo esta pequeña
muerte

solo una vez más… Esta divina idea
de ser. Esta pequeña
fatal
satisfecha sonrisa de ayer.

Hibernados (o, Sin recursos de amparo)

Por poco casi estábamos pagando nosotros
los platos rotos
de aquel lío. Juzgábamos mal, ahora lo sabemos;
claro que pudo ser demasiado
tarde en la altanera secuencia de las voces
loza que cae toda al suelo
guiñando el ojo a los fragmentos,
a lo entero imposible de reintegrar. Y luego todos
los comensales hacíamos como si nos acercábamos
solamente. Y del estropicio nada.

Y la cabaña en la playa
de vacaciones, tendida al sol en la arena
en la crisis de su propio paisaje… Era un tema obligado,
conversación de sobremesa… discusión, costo motín de hogar;
y el intento de una demostración cuasi real
—se nos iba la vida en esto—
pero posible a la postre de parir acaso un par de buenos argumentos
como la razón —insuficiente en todo caso—
para esa misma doméstica asamblea; en esto del poder
tirar la casa o… más bien esa cabaña
por la ventana, en su realismo nazi y soviético —superpuestos en uno solo—,
la estética trasnochada de un abordaje racionalistamente clásico
pero inconducente en su sosa transparencia.

Grafiteros, entonces, de una barroca nostalgia callejera
díscolamente juvenil, adolescente; de muros exteriores sobre saturados
de pésimos murales e idealistas consignas; si moríamos al amanecer
vampirizados por la obnubilación tenebrista de la propia sangre,
sangre con la que nos hubiese gustado escribir o pintar
o al menos garrapatear en un atmosférico claro-oscuro
la idea más clara y honesta de una estética
aunque pequeña e incomprendida, pero nuestra; odisea de juventud
antes de salir con vida de aquella venusiana vellosidad, obviamente.

Lo que visto ahora desde aquí, sin duda, era de este tamaño, así:
las imperceptibles marcas en nuestros cuellos
del mito yugular, aquel que se escondía en la aparente historia,
en la oficial, mitología sublevada de esta memoria patria. Para no creerlo,
cuando una descripción burda del falso testigo del Estado acusador bastaba;
si nos sentenciaba aquel mismo, siendo juez y parte también:
la propia sien latiendo, a mil
en la resaca gris del remordimiento:

¡rojo, rojo! Sendos golpes del martillo. *Está usted condenado.*
Ergo. Por rojo.
Esto, nada más. Y eso que las frases de nuestros diálogos frenaban
conmocionadas por evitar el choque contra toda mejor aproximación
a una buena conclusión. Y sin ser militantes
de nada. Así, en cierta medida, manejar mejor el asunto
—poniéndonos en el camino de acuerdo; ¿y de qué otro modo?—,
moverlo, saber estremecerlo
de un lado a otro, pero sin llegar
a concluir nunca en nada. Precisamente. Nada. Era lo que había
que hacer allí —interdictos naturalizados del estado represor— y no otra cosa.

Pero, para nuestras reprimidas naturalezas, no era el habla
ni el silencio lo que debía verificar
si el circuito funcionaba. Era otra cosa, otra nomenclatura
—tácita entre el decir y el callar, un asomo, solo un asomo—
reseñada en el gesto preciso al mascullar los números
reales de nuestros postizos cálculos mentales
de aquel tiempo de mascotas eclécticas que nos restaba
una cuota importante de emoción con esa dependencia
de caricias irresolutas que nos llevaban a ninguna parte. Y… nada más
que merezca ser recordado de un modo demasiado preciso o particular.

¡Y todo tan cerca del descontrol total! La idea pura del abismo
en una nimia y por tanto grotesca diferencia
entre todos nosotros, los presuntos implicados contra "el régimen militar"
—solo por tener que vivir la vida, así nada más—,
nos acorralaba en una angustia socarronamente artera, a todo dar
latiendo en aquello que no lográbamos entender

de lo que anidaba como expresa inquietud en el otro,
en cómo era que nos podríamos comunicar
y acertar en definitiva en un buen acuerdo, aunque fuera implícito, virtual,
pero situados de hecho en la malla expresa del lenguaje más nominal
de los puros gestos aprobatorios.

¿Una leve inclinación de cabezas sutilmente reiterada
sosteniéndonos mutuamente unos a otros la mirada, bastaría?
—Ahora bien, un ejemplo al canto: los carteros
fueron presa fácil, acotemos, si en esa época nunca fallaban
los censuradores del gobierno—
Pero debía bastar, para nosotros en aquel contexto, y no en este
cuatro décadas más tarde, ciertamente.

Ni la versión extraoficial, ni menos la oficial. En todo caso. Sentíamos
ese peso, nada más, el de la confirmación indesmentible
de lo inexorablemente interno de aquel desconcierto
matándonos; el estándar cívico-militar como una enfermedad incurable
a través del exceso televisivo
y de su cena de navidad y de fin de año —a expensas de cada cambio de folio—
y de su comedia de la tarde.

Y que la visión de *las deseantes* —imágenes inconsultas, atrabiliarias,
inoculándonos en la sangre la vitalidad necesaria de la rebelión—
llenando el cuenco desierto de nuestros sueños convalecientes,
exorcizándonos la sombra yerta, nos mantenía aun así con vida;
lo que estando despiertos era tan descabellado de creer.
Porque dentro del sueño era otra cosa: allí solamente esto acontecía así,
el patrón desbordando por todos sus perímetros a la inquilina
realidad misma, imposible de no objetar
en el hecho mismo, con la palabra libertad.

La estrategia de una infantil asonada
podría ser hoy, entonces, nuestra imagen ideal
objeto de culto. *La guerra de los botones* en su precuela. Veneramos
su consagración con cada primavera,
se halla en el ritual obrero de las luchas de nuestra sangre;

pero alivianada está en un juego —esta estrategia—, es decir,
sin creer religiosamente en ella,
solo como en un juego; precisamente lo infantil
para el desdén de un ser adulto más lúdico. Y
cada tentación perversa de ocultar una carta al menos,
la mejor de cada ronda, o un útil comodín:
esa sana intensión de picardía, solamente; o
la mejor mañana, la de tus sueños más caros
—se nos dijo al oído en ese mismo sueño
con todo nuestro estupor como sola silenciosa respuesta nuestra—,
podría ser la recompensa mayor.

De nuestras ancianas pelvis los decadentes movimientos
que ajenos de bailes sin duda vendrán, no obstante, nos advierten
de lo irreversible, con el triste sello por confirmar
de la pueril imagen desechable de nuestros idos abuelos; nos advierten
de un desenlace más que probable,
de no morir antes, aún jóvenes. ¡Y toma!, esto es para ti. Duele. ¿No?

Inventaríamos la excusa precisa, seguramente. Ante los inevitables hechos
aún sin consumar. Culpando a los parches del dogma
sobre las supuestas heridas de los costados izquierdos interiores
en el poliedro congelado de nuestra habitación.

Tarde y noche de sopaipillas fritas y pasadas. Entonces. Y aquí no ha pasado nada.
Nada más que otro enésimo final feliz. Coincidiendo
con este invierno. Afortunadamente, decimos. Sí,
claro que sí, era una pesadilla. La pesadilla de la cual se puede despertar
¿diecisiete años después, cuarenta años después?,
como en un liviano cine —nada de autores y de reflexión— rotativo
solo de entretención. El lindo mosaico de platos rotos.
Solo el efecto decorativo
de todo este estropicio.

Un asunto de tiempo

Nos habíamos quedado solos
pensándonos —en ese momento romántico— en el transitorio tranvía
que hace más de medio siglo que no circula
por esta ciudad. Coincido en la forma —nos dijimos—
pero no en el fondo. Comida casera, gustó;
luego ese paseo, iríamos. Toda la familia. Sostiene el trípode:
las estimulantes imágenes primavera-verano
—en fotografías de caballete—
se nos vienen. Desde los padres de nuestros padres
con nuestros padres. Como un placebo

a la nodriza
solo le preocupaba la leche,
que no se endureciera en sus pechos; claramente

el asunto del cuidado de su imagen para con los demás no le importaba,
pero sí lo que era lo de su láctea vocación; y si sonreía con soltura ya era
que aprendía a actuar —dentro de su inculta dispersión para con nosotros—
con naturalidad. Quisimos amarla—a esa imagen rústica—, y la amamos, claro,
pero en la nana, siempre y cuando ya hubiese oscurecido
para su tierno beso de las buenas noches; y bien,

volveríamos más temprano, al otro envejecido día; espiral,
fría tala de los sueños que no dejan ver el bosque. Mañana
cumplirá 28 años, ¡si parece mentira! Se hace necesario recapitular
en la idea de detención, el aprecio de la propia imagen
inocula con su vidrioso veneno el suero
de la verdad: eras el vigía, sí; creciste más que tu parapeto y mira

dónde estás: cuesta reconocerse en los nuevos pliegues
cuando no se hace el ejercicio diario de reconocerlos
en cada alevoso traspaso del deterioro
de la piel, en el trámite, en el mero trámite del vivir. En la pestaña

del umbral, ahora es que estamos. Y

¿era así que nos divertíamos?: el que pestañea pierde;
tretas de sobremesa; desparrama resuellos de polaroid,
adolescentes instantáneas
interpretaciones tan efímeras,
de la emoción, entelequias, dijiste, creo, o solo lo inaprensible
de nuestros actos reducidos o expandidos a verdaderos sueños
—seduciendo sus interrogantes ¡en nosotros, ya más que adultos!—
porque aún no terminan de configurarse
¡aparecen con tanta borrosa potencia!

Nuestras actuales presencias ahora, son las que se entrampan
con los perimidos ecos de sus imágenes
difusas en la red de internet; las que solo simulan jugar
al peligroso ritmo de sus fantasmales trabalenguas, llamándonos
en nuestros pasos, de vereda a vereda,
a cruzar
sobre los rieles que ocultos duermen su arcaico sopor
bajo el actual enésimo re-asfaltado de calle Condell,
caminando sobre el abismo digital de esta palabra
¿muda ahora en nuestro real encuentro?

Entonces, si en un comienzo esta voz no fue solo un grito,
si al menos fue algo más,
por muy leve que haya sido su tardía digresión adulta —este mismo lenguaje—,
si cuando hoy despertamos al borde del sueño más profundo,
análogos a esa lengua de bebé —que ahora solo contenemos—,
¿no éramos ya en ese primitivo entonces
en parte acaso nosotros mismos, los de hoy, también?

Contiguo al embarcadero

No, no me acobardo; una peste, paraguas inflexible,
¡esto es una peste! Corporaciones, cuerpos monopólicos
jamás pensé que podrían, ¡entidades económicas! Pero ellas
se hallan suficientes para afectar esta naturaleza,
el cómo una fruta en su idealidad no acabe

joven en la boca, sino que marchitándose
como adorno maduro en su árbol… Más tarde pudría-se;

quién lo diría, contiguo al embarcadero
compañía sociedad anónima: Caronte,
¿ni malo ni bueno?, sólo es un tipo
en apariencia lo más displicente, que trata con todos
de hacer bien su pega. Digo, míticamente, ahora, lo inexplicable
subordinado… Es el recurso, este recurso
lo que francamente apesta,
desde este súper-mega-mercado sucursal hemisferio sur
el sin tener, y tener que… citarlo.

Cómo decirte entonces
esto de tener que, ¡tan de a poco!, tratar
de aprender, esto del morir… día a día;
claro que por acá
nos hemos dejado de sorprender… jóvenes e idealistas
y en nuestras sudamericanas bocas. Las habas también las cocemos.

Cuando se cae del niño

A veces esa leve sensación
es lo que gatea crípticamente
por nuestra frente; cierra la puerta por favor.
¡Por favor! Digo lo que digo y no es así. Tú sabes
cuando nuestras palabras, por más que nos esforcemos, no nos interpretan,
si en realidad queremos decir otra cosa. Tú sabes,
este balbuceo.

Y de estar asistiendo al tiempo
destartalado
de esta cara
que intenta modular
el azogue
se aparece gutural
grito de vidrio. Luego, sí, risas se quiebran
por el grosero tímpano retrovisor
a su destemplar, vienen de la algarabía del piso de arriba,
sobre nuestras cabezas. Entonces, cuando el desvelo puncetea
al reiterado intento de dormir, cuánto de esa fiesta estrellándose
es lo que nos corresponde. Pensamos.

Y bien, quizá no sea tan malo. Ni tan bueno. Ni tan blanco, ni tan negro.
Si lo verdadero y falso se cae de su necia dicotomía,
se cae del niño adherido al adulto en ese
"si parece mentira el haberlo sido"
como pegajosa sombra nuestra. En lo que no dice de esta reflexión. Su secreto
—como roja carrocería resplandeciente—
que ya no es el nuestro.

Una revelación calcárea en la arteria fija del recuerdo

Ve con la pulidora eléctrica: abrillanta este día gris,
si eres tan amable; esa es la idea. Bueno,
obrar sobre seguro no tiene gracia, creo que es mejor si nadie lo tiene
comprado. Claro que sería otra cosa
si el aire se manifestara sólidamente
como una madera. O de concreto. Concretamente
creo que lo tendrías que estar viendo
como lo otro, digo, en su otredad:

la arteria fija del recuerdo más querido.
No te preocupes, no corre el riesgo
de infartarse; solo que es lo que es,
lo que a nuestras debilidades emocionales conviene. No, no,
pero no te engañes. No nos engañemos. De facto no se trata de esto,
como de terapia sicológica, o de algo que como enfermedad se le asemeje
en sus variantes esotéricas o religiosas. Más bien tiene que ver
con el ojo —por supuesto— entrenando toda la vida.
Una real vocación, supongo,
a toda prueba; se diría más; su disposición de verdad solo estética
a reinventar la propia y dura áspera belleza.

Cuando negociaron con nuestros derechos sobre el aire
como si fuera agua —la que ya no nos pertenece como un derecho natural e
inalienable, desde hace tanto,
tanto tiempo en este experimento neoliberal—, todo, todo,
todo estaba ahí. Supongo.

La cola de la serpiente. Eso era. Nuestra alargada bandera
en su hipócrita soberbia patriotera,
reseñada en esas asfixiantes tonadas de siúticos acordes de Huasos
Quincheros. Se supo. Al otro día.
ese once por la mañana. Entre bandos militares, por la radio
en cadena nacional.

Los niños afortunadamente estaban en la escuela. Porque apareció

sin más ni más, como una revelación calcárea
en la yema de los dedos la impotente rabia
a dos manos incrustándose en la propia cara. Así lo atestiguó en todos estos años
con cierto despacioso retardo el resecamiento de esa fatídica mañana.

Y no faltó el gracioso
—casi cuarenta años más tarde, más precisamente un par de meses atrás—
que bromeara con que se venía ya el fin del mundo; un mal agüero
que tan solo le concernía a él mismo. Pobre tipo,

creo que fue su mismo fin el que se desató
al jubilarse. Y ya no vuela el tren
a vapor de los ochenta. Si da pena mirarlo
—inquisitivos ahora nosotros— desde arriba:
su vetusta pesadez, todo su pesado trabajo de servidor público
tirado por la borda del silencio, así sin más, solo como el sapo que fue;
cuando vamos en avión… y su salto de solapado soplón no le alcanza
para no llegar a estrellarse y quedar aplastado contra la tierra.
Y el estruendo ensordecedor.

Pero ante este miedo a volar solo atinamos en sonreír.
Aunque es mejor reír. El sano reírse de si mismo
como una otra aneurisma.

La redención de este placer

Como verás, no desistí de esta ilusión, aunque el día se apercibe raudo
pasando más veloz que de costumbre; pero esta lectura es
esta caterva de ojos, los propios ojos
del pasado que más se reniega, expulsando
a esa chata inquisición que troca el habitual pulso calmo
en manos temblorosas de indecisión. Quedo pues expuesto
al placer de esta incierta deriva.

Pero no es comparable esta retirada con la griega,
porque atacamos al iluso
Caballo de Troya —que ya no nos seduce—en este corte de Luna
en el ático; y esta huida no lo es,
cuando los guacamayos saturan el aire de nuestra pieza
y la vorágine verde de sus miles de alas
son esta selva de ensoñación perversa
revoloteando hacia el acotado cielo raso en la brevedad de su luz.

Podrá deducirse algo vagamente específico de este cuadro,
del paisaje que trae a colación… Aventurar un cierto sitio
en la emoción que sustrae; a esta velocidad que aturde
con su memoria de ojos como raudos postes
pasando tan escuetos los lugares, y si acaso identificables
por la ventana de este bus. Camino a encontrar el lugar
donde fundar la nueva ciudad letrada.

Se vio perverso el sueño, insinuante de leguaje
y del corte mudo de sus palabras. Transgredía entonces
con su bocanada un talego feroz del silencio; todos sus recursos
articuladores de aquella expresión. Vendiendo cara la desolación
del paisaje que así construía, lo más cara que pudiese imaginarse
en aquella anti postal, la del incendiado recuerdo.

No fingiré entonces —se dijo así mismo el sueño—,
que la redención de este placer —lo que lograba alargar de ese goce—
es una espada tremenda que cae

en medio de esta frente altiva de su ética;
y los trozos de ésta se convierten en su nuevo tratado,
uno mucho más extenso que el de su origen
donde no se excluyen en su estética
ninguna de las felices perversiones de esta lengua.

Camina la restitución del fragmentado cuerpo hacia su nuevo cuerpo;
los trozos perdidos —que siempre faltan— de este texto
giran en su ambiguo reencuentro de relato alterno
más opaco que antes, entre su irreconocible principio y fin
que nunca veremos. La deriva más extensa de lo leído
acaso en un solo punto.

Un burdo decorado

Recogía algunas desapariciones
—hablo de retazos de nuestra vida en lo común—,
pero creo que cuando las auscultaba mentía
en el silencio. Y allí —no es por nada— una majadera densidad
brotaba de la promesa de la segura risa, la que a la postre intimaba
más bien en una carcajada, pero de una inusitada sonoridad
enloquecida, luego serena y dulce. Esto, entonces, cuando así lo lloraba.

El caso es que dichas evaporaciones sí penaban
en una especie de oculta desfloración de una idealizada virginidad
sucediéndose continuamente en el ánimo. Lo cual
desembocaba, no sé por qué, precisamente allí
en la comisura alegre de una escena desolada
la que repetitivamente hacía mía
solo por seriar regresivamente en saudade o
en algo así como el fotograma de un estilo pretendidamente romántico
en lo triste. Pero demodé

como la fotonovela, esa, la que rasga la hoja adolescente
casi infantil, en relatos clichés de tontos amores
que en ese instante no entendía. Una soberana estupidez. Lo sé,
¡lo que esto puede ser! —moviendo negativamente la cabeza—,
y quizá no tenga el derecho de juzgar así, tan taxativamente,
con esta denigrante analogía de bobas imágenes
en una prenda tan íntimamente subjetiva. Pero creo merecer
esta cara señal: una lenta percepción de rieles ajustándose en
ojos de metálica intuición, posados en sus líneas paralelas
al inicio del punto de fuga. Y el tren por el rizoma de sus ramales
al ignoto sur de los sentidos. Y tú estáticamente
de pie viendo cómo se aleja. Hacia la taxonomía imposible
de sus estaciones. Y los paisajes
fantasmas de este viaje, que se escapan,

son entonces las detonaciones de una demasía,
la ira de una fragancia infiel

esparcida en esquirlas de rieles de un decir
incrustándose rancias en esta opaca lengua;
fragmentos que parafrasean su ritmo sincopado. Albur siempre tan caro
a la cardiacidad
de infarto aleve que soy. Imagina. Lo que emprendía de sí
en esta analógica metáfora.

Y la extensa y enmarañada cañería rumoreando grave
la circulación venosa de todo el viejo edificio,

el latido afanado de su desesperada búsqueda: El grifo sobre el escenario.
Y no hacía más que pintar el fondo,
el decorado burdo de esta historia; claro, cobrando
sentido, solo al ser mirado desde lejos
—ah, si en este caso pudiese ser solo el resto, solo el público—,
no desde este cuerpo.

No con las hormigas de estos ojos
trepándose por la misma superficie pintarrajeada del cartón piedra
en afanes de obsesiva tramoya y pintura. La escena infinita
de la auto representación. Hurgando
en el lugar común de la propia herida. Hacia otra obturación. O algo más
o menos así. Risueñamente trágicos, fotografiados
en la alergia de la propia mentira.

Disidentes

Acudimos al llamado de vivir colmados de hormigas en los pies
con la plena convicción de hacer las marchas
nunca con las botas, solo con zapatillas, o zapatos a lo más;
de bolsillos planchados de dinero pero movedizos para contener
todos los papeles de nuestros acaso ilusos pero resplandecientes ideales;
más bien con todas nuestras cabezas llenas
de la descalza
de la peregrina
idea de no mentirnos nunca.

Los cachorros lobos señeros del ocaso regalón
cuajado del claro color de las cervezas y del vino tinto,
de todos esos ingenuos pero necesarios brindis por doquier,
subíamos calle Ecuador del carrete, bar por bar, local por local
cerro arriba: "fíjense en esa luna
tan redonda y esplendorosamente viva pulpa de damasco"
nos dijimos antes de doblar la curva fuerte hacia el cerro Panteón
bajo el cementerio de disidentes;

y si los muertos aquellos también pudieron
sobre nuestras cabezas acaso sonreírnos… el caso
es que sí, en aquellos días podíamos afirmarlo con toda honestidad:
que las muecas vacías de sus pieles, carnes y tendones,
con solo sus huesos
sí nos sonreían.

Perpetra la iconoclasta hora su sentencia
con un bolígrafo a veces, otras con una pluma
llenando y llenando blancas libretas de apuntes;
yo no sabía, que en todos esos años siempre la dibujaba, a aquella
que no era otra que la presencia del dictamen de la sangre:

no, ni una bala ni un cadalso —en plena dictadura cívico-militar —, al revés
solo el acto de perpetuar el hilo de existir, germinando sus semillas
pero con hormigas, con sus cientos de hormigas en los pies.

Severa indicación

Una postergada fisonomía, se diría
la aletargada sombra que se atrasa
nos confunde;
por esto nos mudamos… al patio de luz. Luego reina nuevamente
el sol en el ambiente de esta nueva casa, pero por un tiempo
que por más largo que sea,
como el sopor ha de hacernos morir finalmente
—demasiado bien lo sabemos—
al término rugoso de nuestros cuerpos.

Si las definiciones del estado de las reales circunstancias
fueron las que nos empujaron a esta ilusión
de escape juvenil, de aquello
habrá más de una indicación que nos resulte demasiado severa
si la encontramos… un tanto más tarde. Caminamos, por tanto,
solo caminamos

calle abajo por esta noche porteña de luna plena.
Bajamos sobre el eco de nuestras pisadas hacia el lecho
del plan porteño. En tanto nos creemos despiertos,
de esta ciudad manejamos
solo este parcial aspecto. ¿La ilusión de este presente?
En semblantes dormidos
de blanco metal levitamos

traspasados de luna. Una mágica llovizna el plateado azogue
para nuestras cansadas negras caras. El reverso oscuro, insondable
del patio de luz. Nuestro pequeño astro sol.
Nuestra pequeña pero más plena conformidad.

¿Y Los profetas?

A José Watanabe

Grotesca la forma de esta esperanza, que podrás negar por cierto, pero
toda incertidumbre nos cubre, ¿un temido paraguas?; o
nos hacemos los tontos cuando más convenga, o
realmente esto no tiene una solución feliz, al parecer. Pidió
el enésimo préstamo al banco. Una jauría de intereses persiguiéndote
¿se justifica? Charlemos entonces de esto
que nos carcome a mordiscos el seso de nuestras prestadas,
solo prestadas vidas, y
enfrentémoslo
de una buena vez,

si triunfa siempre el relato lineal de una historia, en lo coherente una vez más
que nos banaliza de best seller en best seller
—si ya son tan pocos los que leen lo que más importa—
al no dimensionar nuestras capitales contradicciones. Qué quieres
que te diga, los profetas en sus tierras y en todas las otras
—las Isabel Allende, los Paulo Cohelo, etc., etc., etc. —,
los supuestos guardianes del mito,
abundan también por estos tercermundistas lados.

Hubiera preferido leértelo en el caos de un rizoma
del plexo americano, esto,
la incoherencia de cada una de nuestras historias patrias,
de cada uno de nuestros humildes países con sus banderitas
¡la inoperancia de sus estrictas jerarquías en mi poema!
pero con la certeza plena de estar allí al menos
sobre la intuición de una verdad más certera. Bueno, es indudable
que luego podría ser no solo una verdad sino muchas al mismo tiempo
sin imperar ninguna sobre la otra… pero

qué quieres, la única magia que conocemos
en esta pobre pobre realidad que se dice la de verdad... impuesta
hoy por hoy desde lo televisivo
es esta, la del iluso espectáculo que se cree ser arte, pero no es más
que el de la rapidez de dedos y su chistera ad-hoc

siempre preparada, de antemano… en medio del burdelezco escenario
plagado de meretrices de lindas formas a fuerza de siliconas y bisturíes
donde hasta las emociones se operan, se cambian y transan.
Así es, un sombrero, no para sacar conejos, sino billetes solo billetes.

Y ya, ¿así es lógico? Esta fútil fútil realidad
siempre termina por engullir al más noble
de los espontáneos o atesorados anhelos. ¿A qué más aspirar
sin caer en trivial pedantería, entonces. Nada más
que a guardianes del hielo?

Ojos de hielo

¿Gano algo con esto? Es decir, rendirse
a una erecta verdad que luego
cae y se hunde como un sueño olvidadizo….

¿Rendirse a aquello que rompía con el tedio,
a aquello que suscitó el inasible fulgor,
la transgresora mirada, la flecha certera del ojo
tan inclemente de estético convencimiento? Me mudo,

caído de este enésimo pequeño falso ídolo,
comunicaste tan aséptico como lector de noticiario,
y la esencial vida que gruñe por su humilde pedazo de pan
al final del impostado temple
de tu voz, cuando por un segundo
en tu sílaba final
toda tu arrogante oración padece y
se quiebra. La inquieta docilidad

mas habla ahora; no lo negarás. La pintura
que se articula en un retrato sombrío
de un lejano ser, muerto hace tanto,
la que pudiese arrogar, en esa mirada congelada en óleo, un atisbo
de ese propio reflejo… Pensé en esto, no lo negaré,
a riesgo de parecer como un vulgar alienado, solo, paseando
con mi cara de cambiantes extraños gestos
cayendo gratuitos al vacío

dentro del museo. Yo soy tú, ¿acaso no te ves
aquí, en la materia endurecida de esta pintura
que fui la carne viva que ahora eres? La habitación
del miedo, por donde con más insistencia vago, fluye
por estas venas pintándose
en su interior con esta tu misma sangre.

No, no gano más que un estertor,

el de la fuerza suficiente para levantar solo otra certeza.
No, no importa cuán pequeña, solo lo suficiente
para pasar esta noche, siempre esta otra noche. Este pequeño
falso ídolo
que es el que ahora
se ríe, una vez más.
Y son labios de una estática y fría habilidad
al mirarme
los que no trasuntan inquietud alguna, ninguna.

Vectores del silencio

No tenía caso, si se entrampaban en la nebulosa invernal raudas las fotos de nuestras infancias, en medio de aquel frío presente atenazando nuestros dedos de revisionistas miradas; había que protegernos, entonces, las delicadas manos de nuestros sueños —los del futuro— con guantes de lana natural. Voy a la farmacia, decías cada media hora. Y entonces no había caso con la ciencia en aplicaciones alópatas para el cuidado del mal humor; ya que por otro lado los peces de colores eran solo un festín para la vista, y aunque en el acuario ondulaban más hermosos que nunca en sus reflejos de escamas y medias lunas, el estómago de nuestras miradas tampoco los resistía… Y era así, cada vez que volvías arropada hasta el tope, mas con la nariz siempre fría y con la tira de Dipirona arrugándola alternadamente dentro los tiernos pero nerviosos puños de tus manos. Pero sorteamos ese último invierno —iniciada esa década de los 80´—con esos giros no tan rápidos ni precisos, con las dificultades propias de nuestras pretensiones del querer, de no ser delfines acorralados por aguas demasiado bajas… y sin percatarnos por el shock de que la salida hacia el mar abierto se quedaba como nuestra infancia: jubilosa de sol y cielo y expectante, pero siempre a nuestras espaldas. Y bueno, se hace lo que se puede cuando la adultez te cae de sopetón. Uno se inventa de joven… y a veces solo en un par de buenas excusas, esos escapes, efectivos solo para el momento, aunque jocosa o tristemente ilusorios a la larga. El caso es que podían servir la *Teoría de Conjuntos* más la intensión de saber aplicar las coordenadas cartesianas para nuestras desordenadas vidas, o al menos acaso para nuestros acostumbrados paseos, efectivamente matizados de reales quiebres, y sino rectangulares, al menos perpendiculares, hacia la vista del sol poniente, bajo la línea indisimuladamente curva del inmenso horizonte del océano Pacífico, esas tardes de verano; paseos justo prolongados hasta comienzos del otoño, a lo largo de la avenida Altamirano y más allá de la playa Torpederas, hasta pisar el punto cero de nuestro encuentro, tomados de las manos y parados sobre la mismísima Piedra Feliz. Pero qué tienen que ver las coordenadas ortogonales, parecías preguntarme agudamente específica —el derecho te lo daban tus estudios universitarios de poco más de primer año de ingeniería— solamente con la desmesura de la intensidad de tu cuestionadora mirada, y es que yo simplemente te encontraba por allí, iluso también —aún novato estudiante, de arquitectura por esos días— en aquellos pretendidos espacios euclídeos del corazón, cuando la representación gráfica de tus gestos era un todo muy importante de atrapar —mis más precisas referencias—, cuando estos se agolpaban en sinuosa y variable geometría, y la analítica de tus abrazos, besos y sonrisas se me hacía inevitable, obviamente acicateado por el interés en la novedad egoísta de mi gozo, queriendo

verlas como las señales más certeras del hallazgo del tesoro de ese —hasta ese momento al menos—inencontrable verdadero amor, articulando todo mi pretendido exacto dibujo con muelles compases y reglas, con la fe ciega en mi interpretación de los vectores de todos aquellos encontrados sentimientos cortándose en ese, nuestro punto de unión, y efectivamente como si fuera nuestro real punto del origen. Y húmedos sobre lo rocoso de ese ahora, sobre el fin de la caminata de ida, cosquillosos de arena y piedrecillas rodantes entre los dedos de los pies desnudos, mirando embelesados cómo el borde blanco y espumoso de las aguas lamía tres metros más abajo el corte a pique de nuestro peligroso mirador. Pero nuestras coordenadas al fin se perdieron un día cualquiera en la distancia, lejos de la playa y sobre el cemento de cualquiera otra ciudad más capital, todavía en dictadura, lejos del placentero origen húmedo y blando de nuestras más cálidas proyecciones —como el poder llegar a ver juntos el fin de aquellos fascistas años, por ejemplo—, lejos de aquel punto que cada cual se había dado como único en el otro y sobre cada uno de sus ejes. Y sencillamente no hubo piel de lana natural, ni ningún otro acuario de medias lunas ondulantes, ni más tiras de Dipirona para narices congeladas, que resistiesen al frío silencio de las palabras no más halladas en otro invierno como el último aquel.

Antiguo rezo de adoquines

Tenía la estática precaución, como un lobo
pegado al cuerpo; límite de locos

cortes sucesivos auto-infringidos como escape,
penas no asumidas; el comprobante se fue en la basura

y el mimo esperando sacudirse la espesa levedad
de sus gestos, amanecía en sus ojos un niño,

cuando las márgenes, entonces, como las líneas
egipcias de sus ojos, aún no estaban definidas;

las calles insistiendo en estirarse hacia el alba
con su antiguo rezo de adoquines, lo llevaba

esposado; de lo primero, sí, estuvo cerca… luego no,
la sala contigua nos contenía en la espera; irregulares

apósitos debimos parecer, desprovistos como estábamos,
pero interpretes absorbentes de esa roja y líquida urgencia

de nuestra moral,: esto no era cuestión de tirar
y abrazarse, debíamos insistir. Claro, la muerte

espera… siempre un poco más de vida
para llevársela.

Esto es una pigmentación apenas intuida, no un color.

Un dato irrelevante (o la misma película de siempre)

Estaba en un cuarto
lindo: arrancaron a cien; nadie se dio cuenta
cuando abrió esa puerta
en sus ojos, la operación imposible
de obturar
tanta dispersión. Y la carretera desierta

era una verde monografía en la ventana a la que se asomaba
alterna de su propia historia; o al menos eso era
lo que se deprendía de la lectura de sus pasos, de cristal
los que lograban visibilizarse —o cristalizarse—,
nuestro propio film
y eso. Al menos
para sus conocidos, los *Buenos muchachos*
de siempre

nosotros, los absurdos testigos (¿de Martin Scorsese?)
pero los más idóneos, por aquellos días
de intentos de lecturas variables, si las teníamos
en nuestras manos abonadas,
en los surcos de nuestras palmas. Con la tierra
en las líneas de nuestras manos, rellenando el calce:
los buenos muchachos de acá, unos mugrientos
manos sucias de un futuro injusto para correr
con zapatillas, las más caras, pero no las más elegantes;
y sino con zapatos, ¿solo por el apellido
verificable en el recuerdo abuelo de sus polainas?;
oh sí, el objetivo dato, el certero antecedente,
el de la "buena familia"… y qué otro podía ser.
En cualquier caso, cuando este dato fue presente
en un amarillento papel del juzgado
fue la trama y la trampa de un futuro posible de profetizar,
pero el tramo más dulce, aquel en que se podía confiar
cuando se cogía.

Ya, bueno, el placer en esa habitación
y los claros colores del orgasmo más fulminante
hacía más viable todo enamoramiento
con la vida. En todo caso hoy esto solo es una muesca
en la alfombra o en nuestro viejo papel mural,
solo el dato irrelevante de su inevitable alteración
para su ya no más pulcra re-presentación
a la hora de imputar valor a la estética de cierta moral
que da sus sordos y acotados pasos sobre si misma
y la implícita llaga de toda experiencia carnal más trascendente; en fin,
simplemente que nos cansamos
en el acopio y
de alojar en las rendijas estas presencias gastadas
de aparentar soltura:

los insignes personajes que hoy
representamos —¿esto quisiéramos ser de verdad?—
como una evidente certeza, nada
en la zona más líquida de nuestras agrias personas. El retrato descriptivo

este soliloquio de las apariencias,
una distancia cualquiera partida
por un tiempo equis. Los férreos recorridos rasgos
que a velocidad de camino rural o de carretera
igual se pulverizan en la tez no tan blanca —como quisiéramos—
de nuestras caras. Lo que hasta hoy
la misma película fascista
disfrazada de la liviana comedia gringa de siempre

en la tv.

Al sueño incumpliendo

Podíamos salir mal parados, pero había que actuar
en el tiempo fresco de nuestras edades
de arriesgarlo todo; y no desdeñar al estado
consciente de su perogrullada
acicateando, hasta hacerle caso. Entrar en ese juicio
y debatir en su favor.

Jugábamos con patines metálicos
—esos con ruedas de rodamientos,
esos que se alargaban o encogían de acuerdo al tamaño de los pies—
por los pavimentos laterales
de nuestros barrios de cerro arriba
evitando los planos inclinados
—sobre todo pendiente abajo—
los mismos por donde hoy, ya de adultos, deslizamos
sobre el cómo desahuciar a la idílica postal, y no mentirle más
a su sueño de justicia, a los marginales de este puerto.

Y una holográfica certeza cuelga de este gesto, proyección "3D"
naufragando a los bordes de la bahía,
todo este teatro porteño de inmensidad contenida
en su misma topografía que la determina
en su loco desparrame arquitectónico
de variable espontaneidad
en su precaria necedad auto constructiva.
Pero ahora bien,

si el juicio ya estaba dirimido a su favor, mal que mal,
ha sido de acuerdo a su bella pero difícil estética
indefectiblemente permeando en todos nosotros,
sus mismos condenados habitantes
viviendo en su postal. Nuestra más terrible pero bella mentira.

De la ropa colgada

No, no es de extrañar
en lo absoluto su esencia; es el perro
aprisionando con su mordisco de madera, en donde es
el alambrito de acero galvanizado en forma de resorte
el que hace la fuerza;

no,
no soy yo con mi cuerpo de carne, huesos y tendones
tan feble como esta maderita, también,
como cuelgo de esta ropa… No,

no supe de este canino fantasma tensionando
mis mandíbulas ahora para el habla, sino tiempo después
de haber definitivamente, hace rato ya… en plena adultez
abandonado el tierno ropaje.

Las balbucientes figuras erosionadas de esa prehistoria
vagan todas por este puntual recuerdo de infancia,
el del momento exacto del desvirgo
de ese ignorar. Y yo no quisiera
dejar de verte, le dije —en realidad me dije—
a ese niño que abandonaba
ante el camino resplandeciente de la certera lengua,
aquella que presumida cree nombrarlo todo todo
con meridiana claridad.

No, no sería de extrañar
no hallar el sintagma, lo falso que amarra
a todas las imágenes de este cuadro
a la caótica lengua con pretensiones de verdad, la de la justa razón,
la de la medida sintaxis de esta inmovilidad;
esta palabra que enmudece, que muerde al cuerpo
al tiempo que lo cubre en su armario
de la memoria
colgado. En esta ropa.

Culpa

Le cuesta un trabajo enorme al pobre
arresto de esa sombra pudorosa
usurpando del paisaje en la claridad
la tan necesaria homologación
para no citar el decir de siempre

en la "una mirada", rondando así en su oscura mudez
por las constantes cargas que deja esto al vacío,
en esta no obliteración de su iterar. Ella, mas ella no sabía
qué decir ante este trance, si no lo advertía, casta,
en lo más mínimo; al precio de una llaga en la moral
ante el público cartel de la virtud en que
el santo de madera policromada la aturdía con
¿su aureola?, si su divinidad desconocía ahora en la caricia

de sus terrenales pechos, estando la angustia
presente torciendo su supuesta limpia mirada
ante tales íntimos roces; no fuera
ser el costo, más que un servicio mal pagado; pero,

no estallando en protestas
como esperaba de sí misma,
la superaba el costo, al extremo
de un invertido vuelo
antojadizo, de reprobación
en un simple ademán
lateral, ¡la rodada en su misma vergüenza!

Por el rabillo del ojo quedó al fondo
la lágrima del mentiroso infierno
exilio de la imagen sacra
sacrificada… en ese vacío
sin la carne del bendito pecado.

Las celdas esperan a la salida del estadio

Una distracción banal nos vino a salvar
—nuestra propia y divertida conversación—
cuando nos ahogábamos en medio del gentío. Luego
flotábamos como loros en esta evacuación
atrapada en su propia jaula
de las simples y vulgares dicotomías.

Tú y tu enconada materia
de gozo para el día que se abre. Mas las celdas
están aquí, en la salida,
donde siempre te pueden cazar; y sí,
es preferible reír
sentados, de mantel largo con la mísera pobreza

del intelecto. El rugido —al grito de ¡goool!—
de la ciudad animal vendrá luego
cuando la grotesca prisión de su historia oficial
difame la memoria de los verdaderos héroes
para que nunca parezca que hayan existido,

y solo quisiésemos
que este alegre y trivial pasatiempo que nos come la vida
sea solo algo menos injusto con aquellos.

Sin dar más

Es la misma suerte, manera de subir o bajar; y despertaste,
el sudor empapando
las sábanas, mas cederían al descanso, húmedas
en la incomodidad. Y gritar que así no va más

este deseo, y de esa su despertada luego en crisis. Suponías dar
con la solución en una sencilla explicación,
pero los damascos caen picoteados por los pájaros del verano y
entonces, no hay razón para contar con ellos si
en tus sueños nunca te quisieron, según tú, que despertabas
de sollozos desesperada. Me voy, dijiste

un mal día. Y te marchaste
sin dar más explicación.

Nos encontramos años más tarde, entonces,
cuando los damascos de la estación
aún estaban verdes… No supimos
qué decirnos, aparte del saludo protocolar
y esa cordialidad de rigor y
un par de generalidades que no nos comprometían en
nada; más allá esta el otro, cada cual
en su orilla; así nos vimos,
así nos despedimos
sin jamás hundirnos en los profundos sudores de aquel deseo.

Acaso muy parcial

Le asistía la costumbre de la típica dueña de casa; la manía de ordenar
aquellas cosas que —según su lógica—
estaban en desorden. Y las notas

desenvasadas del piano que iban y venían,
a qué otra sed? Que atascaba el empeño
hacia esa jerarquía limpiarse los pies
antes de entrar al despoblado. Hogar. De ese concierto

Liszt arrullándonos una isla
de melancolía
la comida se enfriaba
en cada objeto ocupando su preciso lugar

en nuestro cobijo, limpiamente,
como pequeñas heridas
cicatrizadas,
pequeñas acciones cotidianas
adhiriéndosenos al sol de la piel
en las zonas más resecas de nuestros días. Mas

¿hubiésemos cambiado algo
argumentando una pequeña queja
—como hubiese correspondido—,
pero, cómo alertase por lo corriente,
por aquellas accesorias entradas tan usuales
a esa franja del tiempo
muerto? Un cascabel ahora

es lo que suena en la trizadura comida casera
de ese tiempo tan antiguo en la memoria,
después de todo lo vivido, a estos años
¿lograría del sueño
esa parte desvanecida
del ideal en común recuperar?

Pero nos seguimos en lo que nos queda
de esa melodía: de ese juguete en las manos
de ese niño, o de ese piano, en los bordes de ese claro

de luna. Pero, ¡sí!, siempre
se las arregla para volver
flotando en alguna esencia acaso
muy parcial; esto por ahora,
como al olfato rememorante de esas horas
del almuerzo familiar en la niñez, nos sigue
dando
nuestra pequeña cuota de esperanza.

La fláccida piel fantasma

Cuando te viniste a dar cuenta, tu yo era el otro
y estaba físicamente allí, frente a ti:
el otro pie de tu cuerpo salido de tu misma sombra,
ajeno ya a tu boca
fuera de tus dientes:

testificando silencios de cartón
tras bambalinas, en lo que fue decorado
del anterior escenario. En el sigilo,
de los dientes para dentro. Esto. Ya eras

lo que hoy somos. Una entropía
de nuestros cotidianas acciones:
las omitidas y más penitentes
persiguiendo a las más mal realizadas.

Pena consignada

Remitimos nuestro extraño dolor
de muelas, cayendo
a los demenciales lugares
de lo sagrado de nuestro hogar;

que hubo cierta conmiseración
de parte de ellos, los así llamados dioses,
no podemos negarlo: todavía nos salpican
las interesadas loas de sus fieles; pero hubo acuso de recibo

¡tan magnánimos ellos!, sí. El problema es que tantas bendiciones
terminarán por corrompernos
y la viciosilla mirada a la entrepiernas
lo confirma. Esto ya es así, pues también se cae al corresponder
del mismo modo. Somos solo un lascivo dato de la causa.

Los desvencijados asomos de penitencia
—esta feble caricia puesta en su cara es una muestra—
por esta honda huella
que ya no es más el estigma
esta cicatriz de dulce mirada,
confirman las palabras que trepan
y por las cuales se vuelve a caer
al pedir —ahora es tu turno— perdón.

Y la puerta posterior del pecado que no se cierra
nos expone —mira cómo te ha arrastrado—
al robo más fácil de nuestra casa.

Algo más que un adorno

Nada nos salía bien
al estar perdidos en una ambigua suerte de novatos bardos
de raro empaquetamiento, ni cuando hubimos de percatarnos de esto,
nada nos salía bien, como hubiésemos querido. Pero, desde cuándo,

desde cuándo en el participio universitario del verbo querer
estábamos? Descolgados ahora
de esta visión, la trampa artera
nos regalaba, así de simple,
ni más ni menos la explicación de este mundo:

una metafísica escoba que nos barre
lo prosaico y lo académico oficial
del lenguaje, para adentrarnos en su opaca consistencia
y renegar, desde entonces, eternamente de las maniqueas
visiones dicotómicas. *Pensé que se te había pasado,*
pero prosigue con esta historia… Tratándonos de tú,
así nos habló entonces por fuera de aquel círculo vicioso
ese libro, genérico en su consistencia universal
que a la postre nos resultaría tan revelador.

Y bueno, sí. Este palimsesto.
Aunque sus hojas se traslapan pendencieramente
como párpados de opio en la más sorprendente invención
de sus perversas metáforas, hay algo
de fuego hurgando en las incontables superposiciones de cada línea
en las narices de cada página vuelta por enésima vez en blanco;
algo del leve alcance sonoro del polvo de sus palabras
por re-escribir. Y qué bueno, sí, que en vez de humedecer estos ojos, los irriten,
dando al traste con la presuntuosa lírica más convencional
en aquello de abatir,
a los embolsados en sus formales trajes académicos, de oficina,
con este fango, el que no les gusta,
donde se unen prosa y verso.
Légamo que nos tendría que succionar

manchándonos lúcida, placenteramente en él, y

siempre tratamos de leer con gusto
el fuego crítico de nuestras existencias,
intentándolo cada día. Apagar la tele del vaciamiento, arrancarnos
de la pobre y llana banalidad. Ah, pero, camaradas:
la sal está para esto. ¿O no?
Mirar el silencio (o, ya estoy muerto para ella)

Ya se lo había dicho una vez, y
maldecir otra vez
su ombligo perfecto
mirándome como Polifemo
grosero en su pensante belleza
como perla cultivada, artificialmente
arrancando
la acumulada exclamación

de los últimos cinco inviernos. Discurre este día
¡su maldita belleza mirándome otra vez!
con su increíble perfecto tono bronceado
dejando este emotivo pentagrama flotar
como polvo de notas de un perfecto concierto
brillando en solo esos cinco últimos fríos tonos
¿en su mente
mentido? Distorsionada imagen

fallo en ponerle adjetivos, y en mis celos
que no existen más que como hoja seca
para temblar cayendo, precisamente aquí
en este verso, en el lugar más común de este escrito
por más que leve brisa; está allí
al trasluz de estas imposibles palabras, la veo perfilar
su cuerpo al mirarse en el silencio
contándose en los poros de su frente
en un exilio del sudor que su frente no admite
en el espejo

mi subsecuente interrupción... No la ve,
pues para ella... yo ya estoy muerto
girando como seca burla del tiempo
en esa rígida hoja, tan tiesa y leve a la vez,
que no termina
nunca más de caer.

La tierra de pastos ocre
que la espera, habita en otro
sueño... Como epifanía
aguarda descubrirse algún día
en cualquier nuevo poema. Pero claro,
esta posibilidad podría no ser
jamás. Esto último, tampoco nunca se lo dije.

Al aire de las mejillas

Encarecía en su sonrisa
ese resplandor. Simplemente cae como la lluvia,
me insinuó. Abanica el tiempo
en un par de horas la estación
pegajosa de nuestras vestimentas
secará de día en la piel.

Juraría -preocupada luego- que los desaparecieron, agregó.
Ahora aquellos momentos preciosos restan de su imagen
en algo de su sombra, van por las paredes del cielo

en el avión, mientras veo perderse el paisaje bajo mis pies. Esos colores...
No, no se los pueden seguir. Pero ya, no se debe llorar. Luego
a mi partida

ya reaparecerán. Lentamente con fulgor primaveral
hendiendo la sien. Como estaba allí tan natural
no lo pensé. Fue como un beso filial,
unos labios muy cercanos
pero chasqueando solo al aire de las mejillas,
como si nunca hubiese sido. El posarse. En su realidad. Pensar,

pensar que hay lágrimas que nunca nunca
nunca querría llorar de verdad.

Pudrirse no es lo mismo que arder y verse aunque sea por un instante

Centellean metálicas mariposas
una inverosímil blindada primavera
entre primitivos espinos. Son los frenos o
¿los fresnos? A la distancia duermen la avenida
en la rareza de su propio bosque

de almohadas: han girado desde este sueño
hacia su ingenuidad. Me lo dijo así, sin ambages
empecinada en mantener su aborigen lengua
la lengua
lenta astucia, ella ha trastocado su decir

tornándolo en mi sueño —que no era el mío—,
desvaneciendo así lo corpóreo de su carne
en su aura
casi una santa medieval. Y
hay maneras y maneras de

pudrirse; no es lo mismo que rezumar
lo etéreo de su carne, lo que

en este contexto orbita, como estalagmitas
del lenguaje, tiempo,
requiere más tiempo
para otro espesor de comprensión. Sí, sería eso… estuve
casi de acuerdo, pero no era seguro. Un listado de fonemas sí,
para figurar,
era lo que primero se precisaba,
las metáforas, como la muerte, inevitablemente
vendrían más tarde. Así los guantes

colgué; y cimbró lentamente el peso muerto
del cuerpo, era casi
la una de la madrugada.

Nunca será tarde para aferrarse a la garganta de la palabra
por el cuello del lenguaje,
nunca será tarde para aferrarse la parte superior de su cuerpo
y prometerse no flaquear. Aunque en este texto
su dintel también se desintegra... y el título
al menos allí
esté en lo correcto.

Recovecos de la luna

Nos habíamos habituado, estáticos, en la preferencia
portando unas señales difusas, y no era más que un juego
y lo que ofrecía de su espectáculo:
solo restituir malamente algo de la vida que en él dejábamos. No
sería la primera vez que te arrepientes, me dijo

risueña como siempre; juntando nuestras grietas era
que en el calor sabía cumplir con su cometido emocional, y ya
no estábamos solo compartiendo nuestro beso,
esto de correr el habitual margen e involucrarnos de verdad

sofisticando los recovecos del otro o de la otra, para perdernos
uno dentro de la otra, o al revés, simultáneamente. Para esto
combina el sol, me dijo, hazlo
¡con la luna, con la luna!, como si en ello se te fuera la vida;
no vaya a ser que nos perdamos

los extravíos gozosos del tiempo real... Por aquellos
senderos menos reales pero en su mismo desgrane. Cómo
no parar el tono orgiástico sin mediar gramófonos, me dije,
parezco un caballero antiguo, de levita y polainas ; pues ahora

recorro como si fuese de sepia
dentro de esa foto antigua
nuestra plaza de hoy como si en verdad fuese monocroma;
al parpadeo insistente y al restriego de mis ojos
intento destejerla algo para ver colores, pero se cierra lunar,
persiana adentro este sueño recurrente. Su lúdica ironía.

Solo absueltos por la noche

Grotesca, elemental pendía, la dictatorial guillotina;
hemos sido la generación perdida; solo absueltos

por noches de trolebuses a quema-pitos
Eros regalándonos dulces coloridos

envueltos en celofán
fanfarrones pendientes

del tamaño; respirar una silla
el aliento del descanso; no dudes, escapar

más no es posible... va en nuestra sombra. Pegada a la tasca
con su trago bohemio
la dictadura cívico-militar nos canta ebria

una canción de cuna para marineros en barquitos
de papel; hundida

la rada de este puerto en sus destartalados cerros
que la miran; en tanto brama la sirena
del buque que zarpa al centro del tiro

al blanco. Los desaparecidos flotan solo en sus nombres
en una triste lista. Por suerte no estábamos allí.

De su quebrado son

El fugaz canto entrecortado
—tres veces la misma breve y casi chirriante frase musical—
de un pájaro que de oírlo no sé reconocer
nada más que como leve imagen de esta memoria dislocada
ha trisado la transparencia de esta ventana cerrada
que hacía más lánguida la ya somnolienta luz
de las primeras horas de este atardecer.

Entonces, cuando el silencio
—que percibo total
locamente comprometido en su propia mentira de absoluto—
vuelve
a imitar al vacío en sus propios vacíos oídos,
es que la visualizo entre estas sienes

en la locura de su breve quejido
del placer que ya nunca más
en el algoritmo que al batiente de sus alas
trazaba en la blanca comisura el espacio feliz
de esa satisfecha sonrisa de ayer
que ahora ya no sé más,
nunca más

y el enigma de este número tres en el circunstancial canto de este pájaro
no es más que la iridiscencia de este negro sol
tres veces pestañeada
en medio de la más negra oquedad
del espacio infinito

tres veces ahora

encerrado para siempre
en cada breve pestañeo.

Último paseo (monólogo del suicida)

Es la exacta fisonomía de su gran ego
su cuerpo —si solo su sombra come como el ácido—,
este femenino ideal de maravillas, que nunca respeta el temblor
vaciado del silencio más irresoluto de estas manos.

San Pedro y su procesión
de violadas gaviotas mal calafateadas
sangrando por las grietas del ensamble de sus alas
la inexistente fe de su dios en sus pobres fieles
como persistente llovizna, este frío veintinueve de junio…
son los únicos que pueden vernos pasar.

Caminamos al borde da la caleta *El Membrillo*
replegada de nuestra deletérea tristeza esta fría mañana
sobre el varadero de sus débiles botecitos en la arena; y esto es
¿el sopor del ataúd
flotando tan solitario mar adentro
lo que atisba el miedo en nuestros ojos
por tan solo la posibilidad de hundirnos de vista
en aquella sobrecogedora gris y fría inmensidad
dentro de estas vulnerables embarcaciones de madera?

Oh sí, estas frágiles embarcaciones
—ante la extensión imposible y perturbadora de este mar,
los únicos objetos más significativos que tenemos a la vista—,
está claro, con ellas no es posible lidiar para convertirlas
en la fe de un cálido refugio
—se pudren más rápido de lo que los mismos pescadores quisieran—
y más cuando las promesas por creer en nuestra propia sangre yacen
congeladas para siempre
como las guindas del imposible siguiente verano por venir.

¿De qué hablan, entonces,
cuando hablan de aquel sentimiento?,
si todo estaba cifrado en él

con los aviesos signos con que fraguaron su pasión
desde un principio; quizá sabían que así sería
su propio fin. Y todavía ni siquiera lo entiende:
“no soy, nunca he sido un solo *porque sí*. En fin…
será injusto cuando se piense en mí solo como *el asesino suicida”*.

Era la exacta fisonomía de su gran ego. Y su vaciado
el ahora resuelto silencio de sus manos.

Ojos perversos

Queríamos pensar que nos traía
sin cuidado el espejo roto del cruce de los sueños
y una calma seca nos tomaba por los pulmones
el aire tibio de ese otoño,

corremos
después de todo por un sendero estrecho
de un mal acuerdo. Qué más no hubiésemos querido
y seguir confiando cada cual en el otro.

Solo los pisos de madera, dijiste;
encaminé por tanto mis esperanzados pasos hacia allá,
por tanto lejos de la serie de baldosas ajedrezadas,
bajo el techo continuo del follaje y de las filudas hojas que caían
como cuchillos de los árboles
—quizás la parte más violenta de nuestra niñez—,
fue entonces que te inventé en este cuento,
en esta historia de ojos perversos
acechándonos desde su pantera oscuridad
a la manera de un distante mal recuerdo
que no termina nunca de alejarse.

Incompatibles (al fin de la dictadura)

Si bien estaba conforme en la viscosa sustancia de su orgullo
de alcurnia, luego otra cosa era la falta
de aseo en la casa y
sus reclamos por mi nula cooperación, mostraba entonces
SU parecer con andanadas inesperadas
de coprológicos grifos hacia a mí
saliendo de sus lindos labios pintados de negro,
de gótica jovencita a la pose inadaptada social,
de transitoria rebelde
con su origen opulento,
con sus padres.

Luego sí, podíamos por parte y parte. ¡Claro que podíamos!
resumir el día en dos o tres imágenes legendarias
muy cómodas para el ambidiestro gusto de los dos,
las que nunca, pero nunca venían
al caso con lo nuestro, cuando lo nuestro era
acaso un elegante aposento circular
con paredes y cielo raso de espejos
para amarnos indefinidamente… ¿De lejos? ¿Falsos?
Voyeurs de nosotros mismos en todo caso
donde solo cohabitábamos con un par de galgos de repostería
para sacarlos a pasear cada sábado y domingo
por nuestros laberínticos jardines imposibles
trazados sobre tortas de cumpleaños
posando rígidos sobre lo dulcemente blando de todo esto
sin más invitados que nuestras dos animadas voces
y nuestras risas de mazapán.

Y esto era solo un poco menos cursi que aquello
que por vergüenza no se nombra aquí
y que se desprendía del mundo jactancioso —solo sé decir—
en que idealistas criticábamos toda insustancial banalidad
—que desde lo público nos salpicase en nuestra privacidad—,
la de esa pléyade de neoliberales,

de tránsfugas políticos o de picantes musas, por ejemplo,
vendiéndonos sus superficialidades opinantes con la erótica cliché
de sus refulgentes pellejos por la tele.

Mas cuando se desprendió de mi mano yo ya era
la llorosa sombra que se devolvía
por las pobres calles estrechas
de mi cerro, el descalzado guante negro —aunque de gótico nada—
del mórbido mármol —imposible para mí— de su blanca mano
de un cuerpo ya ausente.
Entonces, nunca brilló tanto como en ese instante solo para mí
en esa noche de agosto de nuevo solo
ese inalcanzado afán de los dos. El recuerdo absurdo
de nuestro imposible hogar de chocolate.

Casitas volantes

Los ángulos cerrados —que encajonan la vista
haciéndola caer inevitablemente oblicua
pero finalmente libre hacia el mar—
se construyen obligados por la topografía de los cerros y quebradas,
topografía que condiciona su urbana espacialidad
por el poblamiento espontáneo sobre los altos márgenes de este puerto.

Cuando los vientos de septiembre recorren
con helado ímpetu las fachadas así dispuestas
por la aleatoria circunstancial de su enjambre
que va y viene, muriendo y renaciendo
entre incendios, terremotos o aluviones,
posándose una vez más donde siempre
míseras aunque extrañamente orgullosas
de su original marginalidad,
la visión de su desconcertada urbanidad parece ser más feliz
solo parece ser más feliz
o quizás realmente feliz solo por un instante
ante el reflejo de ese otro enjambre
ese de volantines
que devuelven desde el cielo
no solo la imagen de sus fachadas tristemente multicolores
sino también su paradójico sempiterno signo
el de su trágica movilidad estacional.

Índice

CEMENTERIO DE DISIDENTES



POESÍA

PATRICIO BRUNA POBLETE